

ESTUDIOS DE HISTORIA RELIGIOSA

Las religiones de la antigüedad

La crítica ha nacido en nuestros días, y sólo á la crítica más delicada correspondía apreciar, fuera así de todo dogmatismo como de toda polémica, la verdadera importancia del estudio de las religiones. Si el hombre vale alguna cosa, es porque, elevándose por encima de la vulgaridad de la vida, alcanza por sus facultades morales é intelectuales un mundo de intuiciones superiores y de goces desinteresados. La religión es la parte del ideal en la vida humana; lo es todo en esta palabra: no sólo de pan vive el hombre. Hay, lo sé, otra potencia que pretende también resumir la vida espiritual de la humanidad, y sería este momento poco oportuno para hablar mal de ella; pero no es negar la filosofía, es devolverle su verdadero lugar, el único en que es grande, fuerte, inatacable, decir que no está hecha para el gran número. Sublime si se la considera en el cenáculo de los sabios, en el que ha sido el alimento y el sostén, la filosofía no es más que un hecho imperceptible si se la considera en la historia de la humanidad. Se contaría fácilmente las almas que ha ennoblecido, se haría en cuatro páginas la

historia de la reducida aristocracia que se ha agrupado bajo este signo; el resto, entregado al torrente de sus sueños, de sus terrores, de sus encantamientos, ha rodado en torbellino por los peligrosos valles del instinto y del delirio, no buscando su razón de obrar y de creer más que en los deslumbramientos de su cerebro y las palpitaciones de su corazón.

Siendo la religión de un pueblo la expresión más completa de su individualidad, es en cierto sentido más instructiva que su historia. La historia de un pueblo, en efecto, no le pertenece por entero; encierra una parte fortuita ó fatal que no depende de la nación, que á las veces, hasta le es contraria en su desarrollo natural; pero la leyenda religiosa es verdaderamente obra propia y exclusiva del genio de cada raza. La India, por ejemplo, no nos ha dejado una línea de historia propiamente dicha: los eruditos lo deploran á veces, y pagarían á peso de oro alguna crónica, alguna cronología de reyes; pero en realidad tenemos algo mejor que todo eso; tenemos sus poemas, su mitología, sus libros sagrados; tenemos su alma. En la historia habríamos encontrado algunos hechos secamente referidos, cuyo verdadero carácter con dificultad hubiese desentrañado la crítica; la fábula nos da, cual si fuera la impresión de un sello, la imagen fiel de su manera de sentir y de pensar, su retrato moral trazado por ella misma. Lo que el siglo XVIII miraba como un conjunto de supersticiones y de puerilidades, se ha convertido, á los ojos de una filosofía de la historia más completa, en el más curioso de los documentos sobre el pasado de la humanidad. Estudios que otro tiempo parecían patrimonio de los espíritus frívolos, se han elevado al nivel de las más altas especulaciones, y un libro consagrado á la interpretación de fábulas que Bayle no encontraba buenas

sino para divertir á los niños, ha conquistado sitio entre las obras más serias de nuestro siglo.

Para apreciar toda la importancia de ese libro—hablamos de la vasta enciclopedia mitológica que uno de los más dignos representantes de la erudición francesa ha agrupado alrededor de una traducción recientemente terminada de la *Symbolique* del doctor Fr. Creuzer,—es preciso referirse á la época en que fué emprendida la obra meritoria de naturalizar entre nosotros toda una serie de estudios tan florecientes entre nuestros vecinos y entre nosotros tan abandonados. Cuando en 1825 apareció el primer volumen de las *Religiones de la antigüedad*, se afiliaba á ese movimiento de curiosidad que agitaba entonces los espíritus, y les llevaba á buscar en la historia, mejor comprendida, la solución de los problemas que apasionaban á la parte ilustrada de la opinión. Es raro que tales trabajos se acaben en medio del movimiento que les ha visto nacer; pero si los últimos volúmenes de *Religiones de la antigüedad* no encontraron ya al público lleno de ardor y de las esperanzas que habían acogido los primeros, han probado cuando menos que nada ha cambiado en el celo del sabio que, durante un cuarto de siglo, ha sido el intérprete de una de las ramas más importantes de la erudición alemana, y al cual nadie disputará el título de renovador de los estudios mitológicos en Francia.

El traductor de la «Simbólica» encontró estos estudios rebajados entre nosotros al último grado de la medianía. Era el tiempo en que M. Petit-Radel disertaba gravemente sobre las aventuras de la vaca Io, y trazaba en una memoria el cuadro sinóptico de los amantes de Elena, con su edad comparada con la de *aquella princesa*. Alemania, por el contrario, iniciada en el conocimiento de la antigüedad

por la gran generación de los Wolf y de los Heyne, tan próxima por lo demás por su genio de las instituciones religiosas de las primeras edades, era ya rica en excelentes escritos sobre las mitologías antiguas y sobre la manera de interpretarlas. Lo que ante todo importaba, era reparar un retraso de más de medio siglo y hacer accesibles los tesoros de sana erudición que Alemania había amontonado, mientras que Francia continuaba las tradiciones de crítica superficial del siglo XVIII. La «Simbólica» de M. Creuzer se ofreció desde luego por sus imponentes proporciones, su reputación europea, la elevación de miras, la alta filosofía de la ciencia que el autor había en ella desplegado. M. Guigniaut comprendió, sin embargo, que la traducción de una sola obra, ya aventajada en muchos puntos de detalle por trabajos más recientes, no alcanzaría, sino imperfectamente, el objeto que se proponía. Resolvió, pues, reunir alrededor del libro de M. Creuzer los resultados de los trabajos paralelos ó posteriores; hacer, en una palabra, del texto de la «Simbólica,» la trama de una vasta síntesis que abrazase todos los estudios mitológicos de Alemania. La opinión de la Europa sabia se ha pronunciado desde hace largo tiempo sobre el valor de este plan y sobre la manera como ha sido ejecutado. Francia ha reconocido en él el modelo que imitar en la obra difícil de introducir entre nosotros los productos de la ciencia alemana; Alemania, por su parte, ha dado á la edición francesa la más elevada aprobación, pues ella misma parece haber adoptado sobre casi todos los puntos importantes las modificaciones introducidas por el traductor. El libro de M. Guigniaut, valerosamente llevado á término, á través de circunstancias tan diversas y algunas veces tan contrarias, háse hecho el manual indispensable, no

sólo del anticuario y del filólogo, si que también de todos los espíritus curiosos que creen que la historia de las religiones es uno de los elementos más esenciales de la historia del espíritu humano, es decir, de la verdadera filosofía.

I

Las religiones están tan profundamente adheridas á las fibras íntimas de la conciencia humana, que la interpretación científica á distancia se hace casi imposible. Los esfuerzos de la crítica más sutil no podrían corregir la falsa posición en que nos encontramos frente á frente de esas obras primitivas. Llenas de vida, de sentido, de verdad para los pueblos que las animaron con su soplo, no son ya á nuestros ojos más que letras muertas, geroglíficos sellados, creados por el esfuerzo simultáneo de todas las facultades obrando en la más perfecta armonía; no son ya para nosotros más que un objeto de curioso análisis.

Para hacer la historia de una religión, es preciso no creer ya en ella, pero es menester haber creído; no se comprende bien sino el culto que ha provocado en nosotros el primer impulso hacia el ideal. ¿Quién puede ser justo para con el catolicismo si no ha sido mecido por esta leyenda admirable, si en los acentos de sus himnos, en las bóvedas de sus templos, en los símbolos de su culto, no vuelve á encontrar las primeras sensaciones de su vida religiosa? La condición más esencial para apreciar bien las religiones de la antigüedad nos faltará, pues,